

El Caballo Guajiro

Aparte del libro próximo a imprimirse escrito por el Dr. ALBERTO ABONDANO HERRERA, Director del Departamento de Ganadería de la Estación Experimental de Palmira.

Es de hacer notar que el Dr. Abondano ha visitado la Guajira en diferentes ocasiones, ya como Jefe de Comisión Sanitaria y últimamente en misión especial confiada por el Gobierno para la consecución de ejemplares guajiros para llevar a la Estación Experimental de Palmira, con el fin de desarrollar un programa por él trazado y publicado en la Revista de la Sociedad de Agricultores de Colombia (julio de 1937).

L. D.

Aparte especialmente cedido para la Revista "Facultad Nacional de Agronomía".

El Caballo Guajiro.

La raza criolla guajira que hoy en día existe, constituye uno de los mayores éxitos entre las actividades primarias del país, no sólo por su valioso aporte que para éste significa el aumento de su población caballar, sino también por la originalidad y perseverancia con que esta obra ha sido desarrollada a través del tiempo.

Diferentemente de lo ocurrido en las demás crianzas animales, para cuyo progreso se cuenta con los reproductores se-

leccionados en el país de origen de cada uno, en la cría caballar guajira sólo se ha dispuesto de reproductores libres, muchas y en la mayoría de las veces de conformación y aires no del todo los exigidos para este tipo de animales cuya descendencia en tratándose del macho es numerosa. Ningún significado tendría este acerto si estos animales reproductores no tuvieran por sí mismos un elevado valor zootécnico, y sólo pudieran ser considerados como los pertenecientes a una población caballar mediocre o indeseable; pero no es así: la raza caballar guajira cuenta con elementos de base, de mérito indiscutible, individual y racialmente, muy superiores a los que tienen y producen con un mayor costo las variedades equinas semejantes, que empiezan en los últimos años a ser seleccionadas en los demás países de la América. Lo que sí evidentemente se necesita y siguiendo las sabias leyes de genética, es refrescar con nueva y de distinto tronco la sangre de los nuevos animales, pues puede considerarse que no está lejano el día en que se harán de presente sobre las nuevas generaciones caballares guajiras las penosas y detestables leyes de herencia en sus claras enseñanzas de consanguinidad.

Si factores económicos y raciales han influido para que el número de individuos de esta variedad caballar guajira no sea elevado como debiera para llenar las necesidades y la demanda que bien pudieran tener, en cambio, su calidad es excelente y existe una gran base para una expansión próxima suficiente para satisfacerlas. Ciertamente que esto requiere una orientación consciente e ilustrada de parte de los criadores, que en este caso serían los Caciques, asunto de importancia trascendental en los problemas pecuarios y especialmente tratándose de una raza determinada que no puede contar con el aporte de criadores de otros lugares del país (y para este caso no debemos te-



Grupo de yeguas guajiras recientemente traídas para la Granja Ganadera de Palmira. El número total de yeguas compradas fue de 41, de las que tan sólo murió una en todo el recorrido (2.170 ks.) en 2 meses 10 días.



Caballo "Hancill" de raza árabe, de II premio en la Exposición de California, el que se está cruzando con las yeguas guajiras.

ner en cuenta la República de Venezuela) para corregir yerros, los que en nuestro caso, si se generalizaran y perpetuaran, serían irreparables.

Creo oportuno en este caso referir a grandes rasgos sobre el origen del caballo en América y luego del guajiro en particular.

Impropiamente hablamos del caballo guajiro como raza y para poder fijar las ideas conviene recordar la acepción que en Zootecnia (zoo: animal; tecnia: estudio) tiene el concepto de "raza" y "variedad", pues, a nuestro juicio, ella sólo constituye una variedad.

En Zootecnia se define el concepto de raza, según Sansón, diciendo que "es la descendencia de una pareja primitiva", y, si aún quisiéramos enfocar bajo otro punto de vista, tal vez menos preciso, pero por más comprensivo, este mismo concepto, deberíamos recordar la definición de "raza" formulada por varios ilustres naturalistas del pasado siglo, para quienes "es el conjunto de individuos de la misma especie que se reproducen entre sí con ciertos caracteres constantes bajo ciertas condiciones de medio".

En los équidos, son las formas cefálicas y vertebrales, invariables a través del tiempo y de las condiciones diversas del medio ambiente, los elementos esenciales de clasificación de las razas. Sanson enumera sólo ocho razas diferentes: raza asiática, africana, irlandesa, británica, germana, frisona, belga y secuanesa. En cada una de éstas el conjunto o grupo de individuos de la misma raza, que tienen uno o varios caracteres secundarios comunes, constituyen una "variedad". A lo que zootécnicamente es una variedad, el lenguaje vulgar impropiamente lo llama raza, y así, frecuentemente, hablamos de raza andaluza, inglesa de carrera, clydesdal, ardenesa, suffolk, etc.,

siendo que en verdad, son simplemente variedades. Igual propiedad de concepto y de lenguaje cometemos al hablar de la raza caballar guajira, de la cual apenas sí podemos decir zootécnicamente que es una variedad dentro de la Raza Asiática o raza caballar aria, a la que pertenecen también las variedades andaluza, navarra y castellana.

El origen de la población caballar de los países de la América Española es precisamente conocido; no existía en parte alguna del continente americano población caballar autóctona. Los conquistadores españoles, desde los primeros años que siguieron al descubrimiento, trajeron a América los caballos indispensables para sus empresas guerreras y se preocuparon, desde el principio, de su aclimatación y reproducción en el el nuevo continente. Colón en sus últimos viajes, trajo ya los primeros caballos que vinieron al Nuevo Mundo. Traídos primeramente a las islas del Mar Caribe (costas guajiras hoy en día), a México y a la América Central, el caballo acompañó al conquistador como fiel e indispensable colaborador en sus heroicas empresas de la ocupación y de la conquista hasta los extremos más australes del continente sudamericano. No cabe duda, y la documentación histórica en muchos casos así lo confirma, que los caballos venidos a América provenían de las crías castellanas, andaluzas y navarras, que proveían al Ejército Español de las numerosas remontas necesarias para sus vastas empresas guerreras en América y en Europa. En aquella época, siglos XV y XVI, los caballos españoles, y los andaluces, en especial, eran estimados como los mejores, y los precios que entonces alcanzaban, excedían en mucho a lo que ahora pudiéramos imaginarnos. Tanto el caballo andaluz como la jaca castellana, son clasificados como variedades de la raza aria o asiática, no obstante la influencia que en el pri-

mero ha tenido probablemente el caballo berberisco, autóctono del norte de Africa y clasificado como de raza diferente (la raza africana) y sobre la jaca castellana, las razas nórdicas traídas desde el norte de Europa por los invasores que, entre los siglos IV y VIII llegaron hasta la península ibérica. Pero sin duda, fueron la variedad navarra o Tarbes, o variedad de los Pirineos, y el caballo Camarques, los que más profundamente actuaron en la formación de la jaca castellana. Sin entrar a discutir el oscuro problema de la formación de las variedades ya nombradas y admitiendo su clasificación que nos parece perfectamente fundada, el origen de las caballadas que poblaron los territorios que hoy forman las diversas repúblicas sudamericanas, son de las variedades de raza asiática. De esta manera la descendencia de las caballadas traídas por los españoles, sin mezcla, se adaptó a un nuevo medio, alteró ligeramente sus caracteres secundarios y refundió sus variedades originales en una nueva variedad: el caballo guajiro. El terreno seco, arenoso, arisco de la pampa endureció sus cascos y los encastilló ligeramente; la marcha prolongada por la vasta llanura por sus condiciones de libertad y desde los primeros días de vida, fortaleció sus músculos adaptándolos a un trabajo prolongado.

El tipo de caballo traído por los conquistadores cumplía a la perfección con todos los requisitos que se necesitaban en las duras faenas de conquista, por su buen trabajo y adaptación fácil al nuevo sistema de vida como también a la gran resistencia para aquellas largas y penosas marchas que continuamente debían soportar.

Las crianzas caballares fueron abundantes en América desde los primeros años de la ocupación y conquista, sobresaliendo aquellos lugares que por su fácil acceso facilitaban el desembarque. Es así como las Costas del Mar Caribe, presentán-

dose hacia el norte de Sudamérica, estuvo preferida para las primeras importaciones. Y es aquí donde comenzaré el relato del más posible origen de los caballos guajiros. Dicen algunos historiadores que su aparición en la península data desde la época en que fue Virrey del Nuevo Reino de Granada, el ilustre don Manuel de Guíor. Otros más suspicaces inducen a creer que los primeros ejemplares fueron robados por los nativos (indios,) a los conquistadores españoles que intentaron atravesar el territorio a órdenes de Nicolás de Federmán y Jorge Spira, agentes de Wessel y concesionarios del Rey Carlos V. Cita la historia el caso ocurrido por el año 1525 de una expedición española que desembarcó en el Cabo de la Vela y se internó en el territorio; la componían aproximadamente 2.000 hombres. Los indígenas se armaron e hicieron retroceder a los conquistadores, dejando abandonadas sus cabalgaduras. Ninguna confirmación histórica ha sido posible encontrar, pues muchas de las tradiciones indias se han borrado con el tiempo. Lo que sí puedo casi asegurar como resultado de mis investigaciones hechas en mi reciente viaje, es que ni por parte del Gobierno Nacional ni independientemente por cuenta de ningún Cacique (siendo éstos los directamente interesados, ya que son los propietarios de los hatajos) han sido importados animales con el fin de mezclar ni cruzar con razas diferentes o mejor dicho, ajenas a las encontradas en la Guajira, ya colombiana o venezolana, como así llaman la parte de la península que corresponde a la República de Venezuela.

Encuéntranse hoy en día en la Guajira magníficos ejemplares de caballos. Su tipo es de un animal cenceño, de regular alzada, como media entre un metro treinta y cinco centímetros y un metro cuarenta y ocho centímetros. Su temperamento nervioso es muy marcado, agregando a esto que en su ma-

yoría son animales casi salvajes, esto es, completamente cerre-
ros, lo que al visitador le da el placer de ver en la densa lla-
nura el desfile magnifico en grupo de una caballada, todos con
sus cabezas levantadas, ollares dilatados y cola como un pe-
nacho que va marcando en el aire su orientación.

En su principio el visitante no deja de pensar cómo pue-
dan presentarse tan bellos grupos de animales en una pampa
sin elementos tan esenciales para sus funciones fisiológicas,
desprovistas de pastos, bebida, y se presenten tan bien a la
vista; indudablemente que hacen pensar el valor tan grande
que representa el dote de la naturaleza como lo es la libertad.

El pelaje de los caballos guajiros es muy variado, siendo
de lo más frecuente el castaño, zaino, alazán, blanco, negro,
isabela, rosado, no existiendo aquel color que los visitadores
de la Guajira se imaginan y que es aquel tipo de circo que se
llama pío y que está caracterizado por sus colores a manchas
compuestas. Intuitivamente los indios guajiros han llegado al
convencimiento de la eliminación de los colores claros como el
isabela, ya que le atribuyeron a éstos una mayor sensibilidad
a las enfermedades y sobre todo a la llamada "peste loca",
que dicho sea de paso mermó en gran parte los hatajos o cria-
deros guajiros, llegando a calcular en número de 2.500 los ca-
ballos muertos por esta enfermedad (meningo-encéfalo-mieli-
tis equina) en el año de 1937.

(Continuará).

